



NAC-USA
DEVELOPMENT
INSTITUTE

La
Ascensión
de Jesús

El Espíritu
Santo trae
claridad y
unidad

GUION DE MITAD DE SEMANA

Amar como
Jesús amó

2016

Mayo

Sesión 1 – La Ascensión de Jesús

Bienvenidos a la primer sesión de mitad de semana del mes de mayo. Durante el transcurso de este mes celebramos el Día de Ascensión y Pentecostés. En nuestras dos primeras sesiones miraremos con profundidad a ambos eventos y a la correspondiente actividad del Espíritu Santo. En la sesión final del mes, nos enfocaremos en el amor dado a través del Espíritu Santo.

Lucas describe la ascensión de Jesús, tanto en su Evangelio, como en el Libro de los Hechos. Jesús ascendió al cielo 40 días después de haber resucitado de la tumba. Los días entre el Domingo de Resurrección y el Día de Ascensión fueron un periodo durante el cual Jesús demostró a los discípulos que Él era realmente el Hijo de Dios resucitado, que ya no estaba muerto, sino vivo, tal y como Él lo había dicho. De hecho, se le apareció a más de 500 hermanos a la vez, de acuerdo a 1 Corintios 15:6. Sin embargo, pensemos por un momento acerca de cómo los discípulos reaccionaron a la muerte de Jesús el Viernes Santo. Estaban tristes y desesperanzados. Se retiraron a esconderse sin estar seguros de lo que iba a suceder, a pesar de que su Maestro les había dicho que iba a resucitar al tercer día. Compara esto con lo que escribió Lucas en su evangelio después de que Jesús había ascendido: “Ellos, después de haberle adorado, volvieron a Jerusalén con gran gozo” (Lucas 24:52). Esto tiene como significado el poder de la resurrección y el gran impacto que tuvieron las apariciones de Jesús sobre los discípulos, posteriores a la resurrección. La tristeza de ellos se convirtió en gozo, y su temor se transformó en un gran sentido de anhelo hacia lo que iba a venir y lo que iban a hacer.

Justo antes de Su ascensión, Jesús dirigió a sus discípulos a Betania y la ladera oriental del Monte de los Olivos. Desde allí, mandó a sus discípulos a permanecer en Jerusalén hasta que recibieran el poder del Espíritu Santo. Cuando los discípulos trataron de interrogar a Jesús acerca de cuándo iba a restaurar el reino de Israel, los enfocó en su misión en lugar de proporcionar un tiempo exacto para Su regreso. Jesús dijo: “... pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra.” (Hechos 1:8). Después de decir estas palabras, Jesús ascendió al cielo. Al juntar lo que Lucas contó tanto en su evangelio como en los Hechos, pasó lo siguiente: Primero, Jesús levantó sus manos y bendijo a sus discípulos. Luego, mientras sus discípulos lo miraban, Jesús ascendió al cielo, donde fue recibido en una nube que le ocultó de sus ojos. Entonces, mientras aún estaban mirando al cielo, dos varones se pusieron junto a ellos en vestiduras blancas y les preguntó por qué estaban parados mirando hacia el cielo. Entonces los varones les dijeron a los discípulos que “Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo.” (Hechos 1:11)

Con el fin de cumplir con el reto de la Gran Comisión, los discípulos necesitarían el poder del Espíritu Santo para dar testimonio a todos acerca de lo que habían experimentado y para compartir el evangelio con todos ellos. El Espíritu Santo sólo vendría después de que Jesús hubiese regresado a Su lugar en el cielo junto a Su Padre. Por lo tanto, la ascensión de Jesús tuvo implicaciones presentes y futuras. En la actualidad, Jesús está sentado a la diestra de Dios, donde intercede por nosotros. En el futuro, la segunda venida de Cristo ocurrirá de la misma manera en que Jesús ascendió.

El libro de los Hechos nos cuenta que cuando los 11 discípulos regresaron a Jerusalén, se quedaron en el aposento alto y “perseveraban unánimes en oración y ruego, con las mujeres, y con María la madre de Jesús, y con sus hermanos.” (Hechos 1:14). Como fue mencionado anteriormente en el Evangelio de Lucas, después de que el Señor ascendió, los discípulos “...después de haberle adorado, volvieron a Jerusalén con gran gozo; y estaban siempre en el templo, alabando y bendiciendo a Dios.” El significado de su adoración a Jesús es que ellos [los discípulos] habían, por fin, reconocido a Jesús por lo que Él es. El hecho de regresar y esperar en Jerusalén era una respuesta obediente a lo que Jesús les pidió que hicieran. El hecho de hacer presencia constantemente en el templo revela cómo permanecieron “unánimes en oración y ruego” con un grupo más grande de seguidores. Increíblemente, este mismo grupo de hombres, que se escondió tan sólo unas pocas semanas antes, ya estaba orando abiertamente en el templo con gran gozo.

En los diez días entre la Ascensión del Señor y el cumplimiento de la promesa del Espíritu Santo, los discípulos obedecieron, oraron, esperaron y se unieron. Todos estaban en unanimidad porque fueron capaces de apartar sus sentimientos personales y comprometerse con una tarea: testificar a otros acerca de Jesucristo y la salvación que viene al creer en Él. El Espíritu Santo les proporcionaría a todos el poder para cumplir esa misión. La confraternidad que compartían con el Jesús resucitado les permitía esperar la promesa de Dios con gozo.

Hoy estamos esperando a que vuelva Jesús y podemos prepararnos para ese momento al hacer lo mismo que los discípulos. Al obedecer la Palabra de Dios, orar constantemente, anhelar Su regreso y estar unidos con aquellos que creen con nosotros en la misión de compartir el Evangelio con el mundo, nos movemos a nosotros mismos cada vez más cerca al momento de nuestra propia ascensión.

Sesión 2 – Pentecostés: El Espíritu Santo trae claridad y unidad

¡Bienvenido de nuevo! En la sesión anterior conversamos sobre el día de la Ascensión, y hoy nos centraremos en la fiesta de Pentecostés. Cada Pentecostés nos recuerda el Pentecostés original, cuando los Apóstoles y todos aquellos que estaban esperando juntos, recibieron el Espíritu Santo e inmediatamente comenzaron a predicar el Evangelio de Cristo. Imagínate cómo se sintieron las personas después de escuchar el primer sermón realizado por el Apóstol Pedro. Estaban tan conmovidos que preguntaron, “Varones hermanos, ¿qué haremos?” El Apóstol Pedro les aconsejó arrepentirse y volverse a Dios y ser bautizados en el nombre de Jesucristo. En este último domingo de Pentecostés, también se nos dio instrucciones sobre “lo que hemos de hacer” en nuestro tiempo: dar gracias a Dios, el Espíritu Santo, y permitirle que nos guíe. Esto se hace al vivir y caminar en el Espíritu. Profundicemos más en este entendimiento.

¿Qué significa vivir en el Espíritu Santo? **Vivir en el Espíritu** significa que vivimos *a través* del Espíritu, es decir, que solamente por el Espíritu tenemos vida divina. Sin la actividad del Espíritu Santo, nunca podríamos tener un verdadero acceso a la comunión con Dios. En 1 Corintios 12:3, el Apóstol Pablo explica a la congregación que “...nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo.” Sólo el Espíritu Santo puede producir la creencia en Jesucristo, que es necesaria para la vida eterna. Después de creer en Cristo, entonces la vida se derrama en nuestras almas a través del renacimiento del agua y del Espíritu. El **poder** del Espíritu Santo entonces mora y perdura dentro de los creyentes sellados, si lo permitimos, y hace posible que el fruto del Espíritu (como el amor, gozo, paz y paciencia) crezca allí. Pero debemos luchar con nosotros mismos para dar al Espíritu Santo espacio para que obre en nosotros y revele estos dones. Esto no es automático.

Con nuestro sellamiento, vivir en el Espíritu florece; el Espíritu Santo también proporciona alimentación para la vida divina dentro de nosotros. Él proporciona la palabra en los servicios divinos, que nos da dirección, consejo, claridad. El Espíritu Santo también proporciona la consagración del pan y el vino para la Santa Cena y nos permite participar en el cuerpo y la sangre de Cristo. Sin la palabra y los sacramentos, la vida divina en nosotros no podría crecer y prosperar.

Por último, vivir en el Espíritu nos proporciona la claridad y la verdad. La Claridad espiritual es importante para poder vernos a nosotros mismos y a nuestro entorno apropiadamente. ¿Cómo comienza todo esto? Cuando permitimos que el Espíritu Santo nos mueva y nos guíe, comenzamos a ver con claridad espiritual el plan de salvación de Dios. Él también nos ayuda en nuestra vida cotidiana a tomar decisiones sabias en cuanto a lo natural y lo espiritual.

Así, en la medida en que ‘vivir en el Espíritu’ une a los creyentes a través del Santo Bautismo al cuerpo de Cristo (1 Corintios 12:13) y a través de la Santo Sellamiento a la congregación nupcial, al **caminar en el Espíritu** es cuando estamos verdaderamente unidos. Caminar en el Espíritu significa que nosotros elegimos permitirle a Él que nos guíe en todas las circunstancias de la vida porque lo amamos tanto. Esta es la unificación, ya que a pesar de que cada uno de nosotros anda en un camino único y personalizado, nuestra meta es la misma, y las exhortaciones del Espíritu Santo son las mismas. Él desea unirnos a nuestro Padre Celestial y a nuestro Novio, Jesucristo.

¿Qué hace el Espíritu para guiarnos a alcanzar esta meta? En primer lugar, Él nos enseña a nutrir la vida divina en nosotros, al suplirnos en los servicios divinos de la alimentación que nuestra alma necesita. En segundo lugar, el Espíritu nos enseña a orar. Nuestra vida de oración debe mostrar nuestra profunda confianza y esperanza en nuestro Padre Celestial. Cuando oramos estamos convencidos de que Dios ha escuchado nuestras oraciones y que Él actuará. David declaró a menudo en los Salmos que había que confiar en el Señor. En Salmos 62:8 David dice: “Esperad en él en todo tiempo, oh pueblos; Derramad delante de él vuestro corazón; Dios es nuestro refugio.” El Apóstol Pablo también nos alienta en Romanos 15:13 (NVI), diciendo: “Que el Dios de la esperanza los llene de toda alegría y paz a ustedes que creen en él, para que rebosen de esperanza por el poder del Espíritu Santo.” El Espíritu Santo también guiará nuestras

oraciones, aún cuando nosotros mismos no estamos seguros de qué decir. De acuerdo a Romanos 8:26: "... el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles."

Caminar en el Espíritu también nos unifica, ya que el Espíritu nos urge a dedicar nuestras vidas a servir a Jesucristo y a nuestro prójimo. Dedicar nuestras vidas no significa despreciar nuestra vida terrenal, sino más bien saber apreciarla y disfrutarla. Porque lo amamos, usamos todos los días para obtener victorias sobre el mal y utilizamos nuestros dones para servir a los demás como Jesús lo hizo. Jesús explica en Juan 10:10 que Él "[vino] para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia." Él quiere que podamos experimentar la plenitud del gozo en la vida, que viene de hacer lo que Dios nos ha dotado para hacer y el Espíritu también nos guiará en esto.

Por último, caminar en el Espíritu nos une en el anhelo por el regreso del Señor. A través de la actividad ministerial de los Apóstoles, escuchamos el llamado del Espíritu Santo: ¡Ven! Toda nuestra vida se llena con la súplica de Apocalipsis 22:17: "¡Ven, Señor Jesús!" Al fijar nuestra atención en esto, las diferencias que nos dividen se desvanecen y nuestras cualidades únicas y personales se convierten en facetas bellas de una congregación nupcial unida.

La próxima vez, en nuestra última sesión de mayo, vamos a profundizar más en cómo podemos mirar más allá de nuestras diferencias y cómo amarnos los unos a los otros como Cristo nos ha amado.

Sesión 3 – Amar como Jesús

Bienvenido de nuevo! En el primer servicio divino de mayo, escuchamos sobre el amor de Dios que ha sido derramado en nosotros por el Espíritu Santo. En esta sesión, vamos a seguir conversando sobre este amor y cómo lo podemos demostrar en nuestras vidas.

En Levítico 19:18, Dios le dijo a Moisés "amarás a tu prójimo como a ti mismo." Jesús hace referencia a este mandamiento del Antiguo testamento en Marcos 12:30-31: "Y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas. ...Amarás a tu prójimo como a ti mismo." Luego Jesús va un paso más allá al decir: "Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros." (Juan 13:34-35). Los mandamientos del Antiguo Testamento podían hacerse con **nuestro** amor, limitado por nuestra humanidad. El nuevo mandamiento de Jesús puede hacerse únicamente con el poder del Espíritu Santo. Es más que un llamado a amar a nuestro prójimo; es un llamado a amar como *Jesús nos* ama. Esto nos obliga a entender exactamente cómo Él nos ama.

Jesús sacrificó Su vida para darnos vida eterna; Él tomó nuestros pecados para que pudiéramos tener un camino de reconciliación con Dios. Su amor sacrificial es puro y santo, sin mancha por egoísmo. El amor de Jesús es el fundamento de nuestra relación con Él. En 1 Juan 4:19 leemos, "Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero." Por Su Espíritu, podemos amarlo de vuelta. Su amor es el fundamento, y cuando consideramos lo que hizo por el amor que tiene hacia nosotros, entonces nos damos cuenta de cómo deben ser nuestras relaciones con los demás.

Amar a alguien como Jesús nos ama no es algo que podemos generar nosotros mismos. Para amar como Jesús, necesitamos ayuda. Romanos 5:5 nos dice, "y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado."

El Espíritu Santo nos da la fuerza para amar como Cristo. Este amor ha sido derramado en nosotros, y con el fin de que se expanda en nuestros corazones, **debemos** darle espacio para crecer. Con el poder del Espíritu, tenemos la fuerza para comenzar a amar como Cristo. Cuando amamos como Cristo, podemos mirar más allá de las fallas y las diferencias para ver a las personas como **Él** las ve: cada una digna de amor y de salvación.

El sacrificio de Jesús, el sacrificio supremo, demostró Su amor por nosotros. Con el poder del Espíritu Santo, somos llamados a seguir Su ejemplo de esta clase de amor. Nunca podremos igualar el sacrificio de Cristo, pero cuando sacrificamos por los demás nuestro tiempo, las conveniencias en nuestras vidas, o incluso nuestros egos, demostramos

que amamos como Jesús nos ama. Un amor sacrificial es puro porque no es algo que hacemos por nosotros mismos; sólo se hace por amor a Dios y nuestro prójimo.

Si por amor estamos dispuestos a renunciar a algo por nuestro prójimo, la unidad florece entre nosotros. El significado de la unidad es: estar unidos, o reunirse con un propósito o una acción en común. Nuestra congregación debe estar unida con un propósito y una misión común: llegar a todas las personas, con el fin de enseñarles el Evangelio de Jesucristo. Dios quiere que todas las almas se salven. Esta meta nos une porque **nosotros** queremos que todas las almas se salven, como Él quiere, y se convierte en una fuerza motriz en nuestras congregaciones.

Entonces, ¿cómo podemos compartir el Evangelio con los demás? Podemos demostrar todos los días nuestro amor a los demás como lo hizo Jesús. Vivir el Evangelio tiene un mayor impacto en las personas que cuando únicamente hablamos del Evangelio. Cada día tenemos oportunidades para mostrar a otros cómo el amor de Cristo nos ha transformado y cómo ha transformado nuestras vidas. Entonces, si las personas ven que nuestras acciones coinciden con nuestras palabras, puede inspirarlos a que también contesten el llamado de Jesús a amar a Dios y al prójimo. Esta reacción en cadena nos une aún más, al compartir el amor de Jesús con los demás. (Historia)

En Efesios 4:1-3, Pablo ofrece una gran enseñanza que conecta el amor y la unidad: “Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados, con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor, solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz.”

De esta forma, podemos entender que soportándonos unos a otros con amor es un medio para obtener unidad. Otro aspecto de esto es no dejar de amar a los demás debido a sus fallas o defectos. Por supuesto, esto puede ser difícil de poner en práctica, especialmente si las fallas de otro nos han perjudicado personalmente o a aquellos que amamos. Y, sin embargo, podemos volver a mirar a Jesús como un ejemplo. ¿Cuántas personas lo ridiculizaron, se burlaron de él o desempeñaron un papel en su crucifixión? ¿Esas personas quedaron exentas de la recompensa del sacrificio de Cristo? No; en cambio, Jesús le pidió a Su padre que los perdonara. Él murió por cada persona pecadora e imperfecta – Pasado, presente y futuro. Su amor sacrificial cubre a todas las personas.

Aunque no somos perfectos como Jesús, podemos esforzarnos para amar a cada persona que nos rodea. Estamos equipados para hacer esto con la ayuda del Espíritu Santo. El amor divino está presente cuando quiero la misma salvación para mi prójimo como la que quiero para mí. Que cada día trabajemos para seguir el mandamiento de Jesús, amar a otros como Él nos ama.